

Annegert Fuchshuber



La pequeña Carlota



Título original en alemán: *Karlinchen*, por Annegert Fuchshuber

Copyright © 1995 by Annette Betz Verlag im Verlag Carl Ueberreuter, Wien – München.

Derechos reservados para la presente coedición

© 2008 Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR)
Edificio de las Naciones Unidas, Presidente Masaryk 29, 6° piso,
col. Chapultepec Morales, Del. Miguel Hidalgo, México DF, 11570

2008 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED)
Dante 14, col. Anzures, Del. Miguel Hidalgo, México DF, 11590.

ISBN 978-970-96006-2-9

Editor de *La pequeña Carlota* en español
Arturo Cosme Valadez

Traducción al español
Diego Ignacio Bugada Bernal

Libro gratuito: prohibida su venta.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico



La pequeña
Carlota

Annegert Fuchshuber



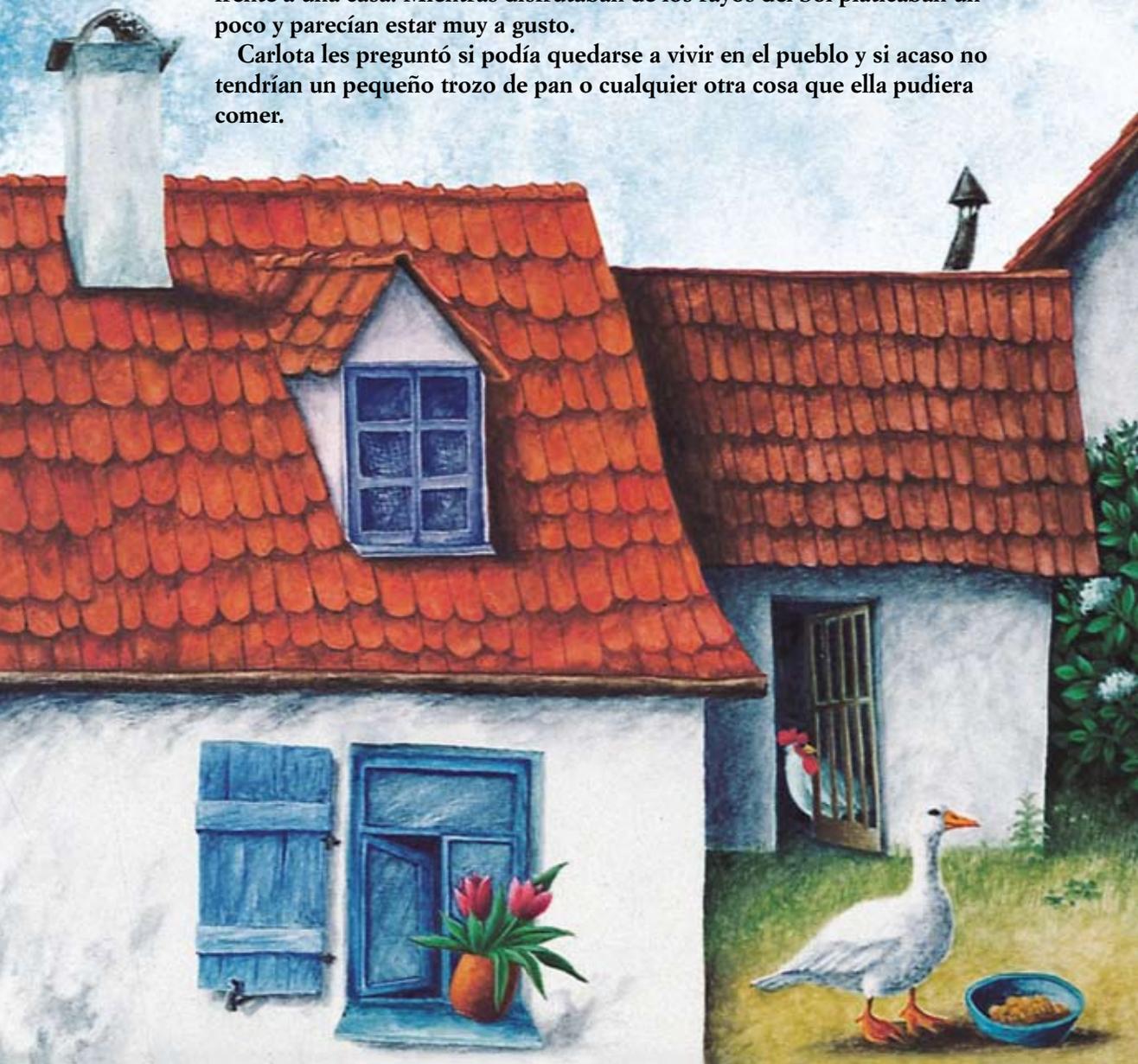
Carlota se apresuró a huir
porque llovía fuego del cielo,
además de que estaba hambrienta
y a nadie parecía preocuparle
una niña sola y aterrorizada.



Carlota corrió y corrió y no se detuvo hasta que llegó a un pueblo tranquilo y apacible.

Allí se encontró con dos personas sentadas en una banca que estaba frente a una casa. Mientras disfrutaban de los rayos del Sol platicaban un poco y parecían estar muy a gusto.

Carlota les preguntó si podía quedarse a vivir en el pueblo y si acaso no tendrían un pequeño trozo de pan o cualquier otra cosa que ella pudiera comer.





–Esto no está nada bien –dijo uno de los pobladores–:
¡una niña que vaga por ahí y nos pide comida!,
¡alguien tiene que hacer algo para remediarlo!,
¡hay que enviarla a un orfanato!

Entonces llamaron a la Policía para que se llevara a Carlota,
pero la niña logró escaparse.



Carlota llegó hasta un bosque en donde se encontró unas cuantas fresas que la ayudaron a sentirse menos hambrienta. Un montón de musgo le sirvió para hacerse una cama suave y calentita. Pero todavía necesitaba algo más de comer, y los ruidos nocturnos del bosque la asustaban mucho.







No. Ella no podía quedarse a vivir para siempre completamente sola en ese lugar, así que decidió explorar de nuevo los bosques, siguiendo su olfato hasta que consiguió llegar al otro lado y se introdujo en las tierras de los Devoradores de Piedras. Eran seres muy amigables y de inmediato le ofrecieron a Carlota una buena cantidad de piedras para comer, pero por supuesto ella no podía comerlas. Así que los Devoradores de Piedras se enojaron mucho.

–Parece que este lugar no es lo suficientemente bueno para ti –le reclamaron–. Si no eres capaz de comer lo que podemos ofrecerte, entonces lo mejor será que te vayas.

La pequeña Carlota pensó con tristeza: “No les agrado porque les parezco extraña y diferente de ellos”. Era verdad. Los Devoradores de Piedras la dejaron sola allí, así es que Carlota retomó su camino.





De nuevo empezó a caminar a través de un bosque inmenso y muy oscuro. Más adelante la esperaban las tierras de los Cola de Seda.

–¡Bienvenida, bienvenida! –la recibieron, y le preguntaron qué quería.

–Oh, sólo un pequeño pedazo de pan y un sitio calentito para dormir un rato –les respondió.

–Con todo gusto –trinaron los Cola de Seda–, sin ningún problema.

Pero entonces uno de ellos, que estaba parado detrás de Carlota, gritó con una voz llena de miedo:

–¡Ella no tiene cola!

Todos se apresuraron a ver a Carlota por detrás, y cuando se dieron cuenta de que en verdad no tenía cola, le dijeron preocupados:

–No puedes quedarte con nosotros. Lo que pasa es que tú no tienes una cola de seda.

–Pero eso no importa mucho –Carlota intentó tranquilizarlos–, puedo colgarme una o ponerme una con un seguro.

–De ninguna manera, eso no es suficiente –clamaron los Cola de Seda horrorizados–. Eso no cambiaría nada. Sólo a los verdaderos Cola de Seda se les permite vivir en nuestro país.

La pequeña Carlota les rogó y suplicó, pero de todas formas tuvo que marcharse de nuevo, a pesar de que la noche estaba oscura y fría. Muy triste Carlota reflexionaba: “No me ayudan sólo porque me ven como alguien extraña y muy diferente de ellos”.







A blue-toned illustration of a young girl with red hair, wearing a pink dress and a brown coat, standing in a forest. She is surrounded by several crows. One crow is perched on a tall, thin tree with a large, dark, spiky nest. Another crow is flying in the air, and a third is on the ground in the foreground, holding a small object in its beak. The background is a misty, blue forest with tall, thin trees.

Una vez más tuvo que atravesar un extenso y tenebroso bosque. De pronto llegó a las tierras donde vivían los Cuervos Humosos. La recibieron también muy efusivamente. Uno de ellos le ofreció un nido suave en la parte más alta de un árbol casi sin hojas y un ratón muerto para comer. El ratón empezaba a oler un poco mal, algo que los cuervos encontraban especialmente delicioso. Carlota no podía trepar al árbol, que realmente era demasiado alto.

–Entonces tienes que volar hasta arriba –le aconsejó uno de los Cuervos Humosos, pero ella tampoco podía volar. Además, no quería comerse al ratón. Sólo de pensarlo se le revolvía el estómago.

–No tenemos nada más que ofrecerte –le dijeron los Cuervos, no sin tristeza. Así es que Carlota pensó de nuevo: “No pueden comprenderme porque les parezco extraña y muy diferente de ellos”. No había otra cosa que hacer más que volver a marcharse.

Y así fue como Carlota tuvo que caminar nuevamente a través de un muy grande y sombrío bosque. Caminó hasta llegar a los dominios de los Jefes Avariciosos. Eran muy ricos y vivían en mansiones muy cómodas y grandes. Siempre tenían lo suficiente para comer. La comida que les sobraba simplemente la tiraban a la basura. Hasta sus mascotas disfrutaban de los mejores alimentos.

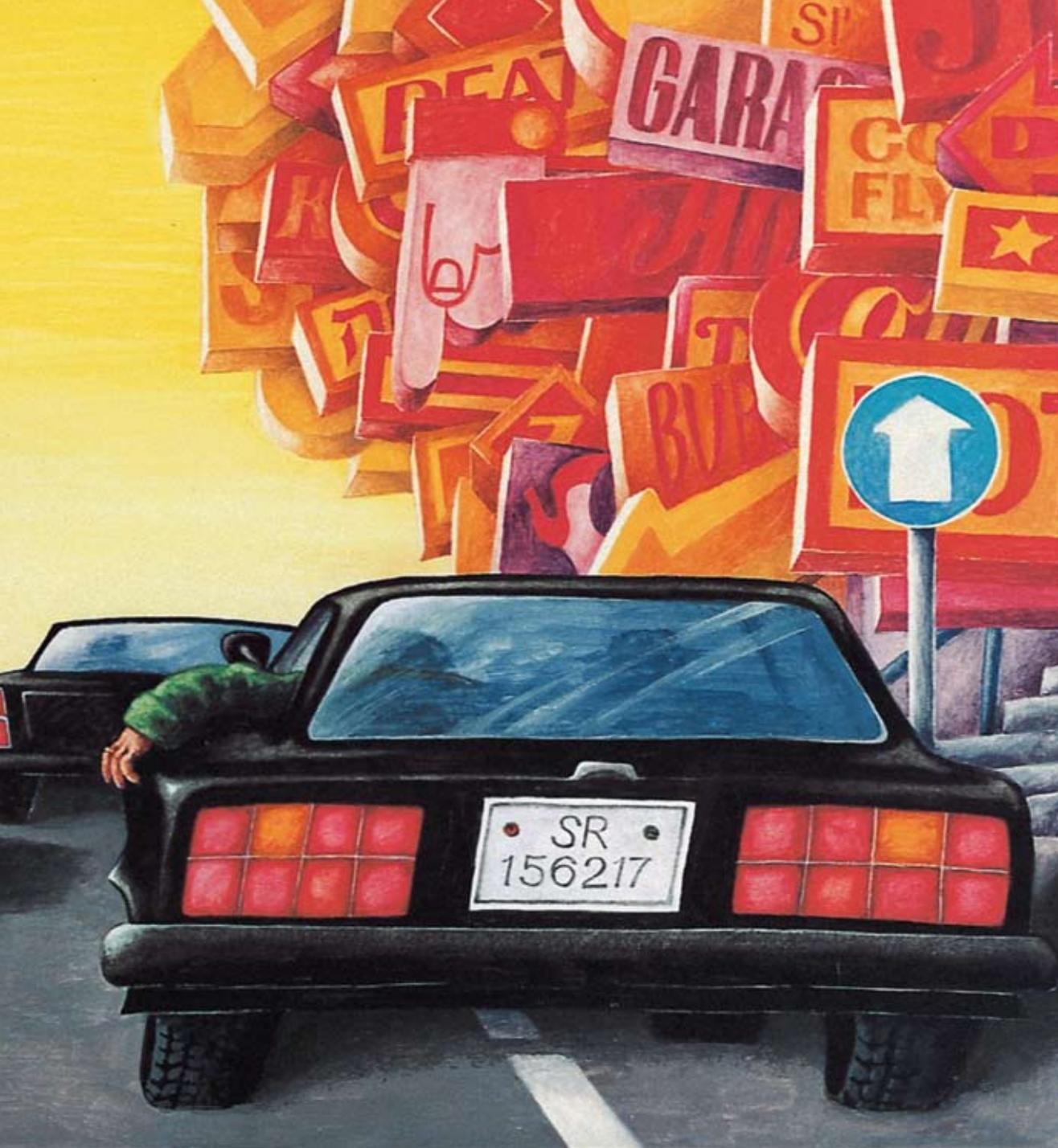


Cuando las personas se encontraban en la calle se abrazaban y se saludaban con dos besos, uno en cada mejilla, pero nadie abrazó a Carlota, aunque su hambre y su soledad eran tan claras para todos como la nariz en su rostro. Con timidez se acercó a dos personas para saludarlas y pedirles algo de comer y un lugar calentito donde dormir, pero su petición los enfureció:

–¡Lárgate! No tenemos nada para compartir –le gritaban los Jefes Avariciosos.







SR
156217

“Las personas ricas no tienen idea de cuánto duele el hambre –pensó Carlota–. Debo buscar a la gente pobre. Ellos sí saben lo doloroso que es cuando nadie quiere echarte la mano”. Se dirigió a las orillas de la ciudad, más allá de las grandes fábricas y de los tiraderos de basura. Allí las Personas Pobres vivían en pequeñas chozas.

–Vete de aquí –exclamaron al ver a la niña desconocida–. No necesitamos de tus servicios aquí. El barco está repleto.

–Pero yo no veo ningún barco –les respondió ella asombrada.

–Cuando un barco está demasiado lleno, se hunde –le decían las Personas Pobres–. Mientras más gente pobre viva en esta zona, menos comida tendremos y también menos espacio para movernos por ahí.

Entonces todos nos hundiremos.

Carlota comprendió que tampoco podía permanecer allí.







Carlota ya no sabía qué más hacer, a qué otro lugar podría ir. Y por si fueran pocos sus problemas, comenzó a llover.



Carlota salió de la ciudad y se dirigió al campo. A lo lejos pudo ver un árbol gigantesco. Al acercarse se dio cuenta de que alguien había construido una casa con materiales viejos, de desecho. Un hombre estaba sentado en la ventana. Miraba hacia afuera mientras se comía una enorme torta de queso.

–Ven para acá, acércate para que puedas saborear un pedazo de mi torta de queso –la invitó–. Te ves hambrienta y cansada. Descansa un rato en este lugar, que está seco y calientito.

–¿Quién eres? –preguntó Carlota, mientras observaba con sorpresa a aquel hombre vestido en una forma tan colorida y extravagante como su casa.

–Me llamo Refugio, soy un simple bufón –le dijo–. ¿No lo notas por mi ropa?

–¡Oh! –replicó la niña, quien nunca había oído hablar de un bufón, ni tampoco de un tal señor Refugio–. ¿Es así como llaman a las personas que son amables con las demás? He estado buscándote por mucho tiempo. Si me lo permites, a mí me encantaría ser como tú.





La pequeña Carlota
se terminó de imprimir en junio de 2008
en Impresora y Encuadernadora Progreso, SA de CV. (IEPSA),
San Lorenzo Tezonco núm. 244, col. Paraje San Juan,
Delegación Iztapalapa, 09830, México, DF.
La edición estuvo a cargo de la
DIRECCIÓN GENERAL ADJUNTA DE VINCULACIÓN,
PROGRAMAS EDUCATIVOS Y DIVULGACIÓN del CONAPRED.
El tiraje fue de 10,000 ejemplares
más sobrantes para reposición.